

LA MUERTE HUELE A INCIENSO

UNA SEMANA SANTA SANGRIENTA

INSPECTORA MATÍS - 1



JOSÉ M. ECHÁNIZ

CONTENIDO

- [Capítulo Uno - El cofrade](#)
- [Capítulo Dos - El ahorcado](#)
- [Capítulo Tres - El Cabildo](#)
- [Capítulo Cuatro - La muerte de nuevo](#)
- [Capítulo Cinco - Francisco Salas](#)
- [Capítulo Seis - Objetos religiosos](#)
- [Capítulo Siete - Pintura de Bernabé de Ayala](#)
- [Capítulo Ocho - Inspector Salazar](#)
- [Capítulo Nueve - La capea](#)
- [Capítulo Diez - La trampa](#)
- [Capítulo Once - Juan Lucena](#)
- [Capítulo Doce - EL tercer hombre](#)

CAPÍTULO UNO

El cofrade

El hombre grueso compró una pizza para cenar.

Se había acostumbrado a vivir solo pero no le gustaba.

Encontró este apartamento en un barrio periférico de Sevilla cuando Marisa lo abandonó. Por el dinero que podía pagar no halló nada mejor, el sitio era malo, muchos emigrantes, drogadictos y prostitutas.

Sólo iba por las noches procurando pasar la mayor parte del tiempo por el centro, donde trabajaba. A sus cincuenta años no esperaba mucho de la vida. Era un descontento secular de si mismo. Nunca se gustó.

Lo único que le hacía seguir adelante era su Paso; El Mártir Doliente cuando salía en procesión, entonces se transformaba y bajo su hábito de penitente adquiría poderes sobrenaturales.

Pronto sería Semana Santa, los días más esperados del año, la época en que Sevilla adquiría un esplendor místico, la prefería a la Feria de Abril, aunque eran cara y cruz de una misma moneda. Era expiación, depuración, penitencia y él necesitaba eso por lo menos una vez al año.

Vivía en un tercer piso sin ascensor y le costaba cada día más subir las sucias escaleras rellenas de pintadas, grafitis estúpidos y mensajes obscenos que los chicos del barrio hacían por todas partes, sin el menor respeto. Paraba en el segundo un rato para retomar el aliento. No andaba bien del corazón y en la última revisión su cardiólogo le había encontrado una lesión que no presentaba peligro inminen-

te pero que debería cuidar para no acabar en infarto. Le encantaba la comida basura alimentándose de hamburguesas, kebabs y pizzas, todo ello regado con grandes cantidades de coca cola. No le gustaba el alcohol en ninguna de sus variedades ni tampoco el tabaco, lo cual era de las pocas cosas positivas que había en su vida.

Cuando llegó a la puerta de su casa percibió el olor de una colonia que no identificaba porque en esa planta sólo había dos viviendas, la suya y la de un hombre mayor que no se distinguía precisamente por su aseo personal.

Metió la llave en la cerradura hartado de aquel cuchitril. Debía encontrar alguna manera de mejorar su situación aunque no supiera como podría lograrlo porque un repaso a sus facultades lo aterrizó en la dura realidad, aparte de los conocimientos administrativos básicos no tenía nada más.

Había fantaseado a veces con la idea de cometer un desfalco en su trabajo pero en la caja no había dinero ni para pesarse y a la cuenta bancaria, que casi nunca tenía saldo favorable, no tenía acceso porque la llevaban celosamente las dos abogadas jefas y dueñas del chiringuito laboral que habían montado. Menudas arpías eran esas dos y a él le aguantaban porque llevaba la gestión de todo el papeleo menos del dinero, claro. Precisamente hoy le había invitado una de ellas, la mayor, a tomar algo después del trabajo para celebrar su cumpleaños y había rechazado la invitación alegando cosas que hacer. No las soportaba.

Encendió las luces de la entrada y le pareció oler con más intensidad ese aroma a colonia de supermercado para hombres. Entró en la cocina donde aún había restos del desayuno de la mañana que no había tenido tiempo de recoger y sacó de la nevera una lata de coca cola echando un vistazo a las pegatinas que tenía adheridas como recordatorios de fechas o alimentos a reponer, sujeto todo por imanes coloridos. Con la todavía caliente caja de cartón de la pizza que manchaba de grasa una parte se dirigió a la

minúscula salita de estar donde de forma refleja encendió la televisión, se sentó en el sofá.

Sin saber por qué se acordó de Lourdes. Hacía tiempo que salía con ella, una cincuentona, dos años mayor, que no le pedía cama y con la que llevaba una vida casi matrimonial aunque cada uno en su casa. Hacían viajes, senderismo, cruceros, que costeaba ella porque buscaba una compañía para hacerlos y él era un magnífico acompañante, educado, obediente, servicial y no le interesaba el sexo como a todos los hombres que habían pasado antes por su vida. Lourdes sospechaba de su homosexualidad, aunque no tuviera motivos para ello, pero era algo que aunque fuese cierto no impedía el buen rollo que les unía. Era divorciada y tenía dos hijos a los que atendía cuando había que echar una mano con sus tres nietos, dándoles prioridad a cualquier otra cosa en la vida, incluso a él.

Miró el televisor mientras se llevaba el primer triángulo de pizza carbonara a la boca. Empezó a pasar canales hasta que dio con su concurso favorito y ahí lo dejó diciéndose que debería probar fortuna presentándose a uno porque sabía casi todas las respuestas y cuando fallaba algún concursante y lo acertaba él, levantaba los brazos en señal de victoria. No había estudiado carrera universitaria pero le había sacado un buen rendimiento a su bachillerato para adquirir una cultura general aceptable y después de los tres años de academia a la que acudió para opositar a un puesto en un banco, que no consiguió aprobar, tuvo una buena formación para administrar cualquier negocio mediano o pequeño como contable o gestor.

Cuando iba a llevarse el segundo trozo de pizza a la boca, se le cayó sobre la mesa al ver frente a él un hombre surgido de la nada y que no reconoció por estar su cara en sombra. Intentó incorporarse del asiento pero una mano fuerte y segura lo sentó de golpe.

—¿Quién eres?! —acertó a preguntar con la duda y la desesperación reflejada en el rostro.

El hombre acercó su cara a la suya echándole el aliento en las narices.

—Oh, Dios. ¡Eres tú!

Fue lo último que dijo en su mediocre vida.

El móvil de la inspectora Gabriela Matis sonó con un sencillo ding dong.

—Matis —dijo lacónica y añadió tras una pausa en que escuchaba la otra voz—. Voy para allá.

Salió de comisaría a las 20:30 y el Seat León con los distintivos de un patrulla se deslizaba por la avenida Andalucía en dirección a Torreblanca. Había avisado a Zúñiga y a Contreras para que fueran a esa dirección y la esperaran allí.

El coche entró en una calle de viviendas de tres alturas donde ya se encontraban tres coches de policía, dos de la local, una ambulancia y el furgón de atestados.

—Vaya movida —comentó para sí.

Iba de paisano y su imponente aspecto hacía dudar a los colegas de su grado tomándola por una periodista glamurosa de algún medio o revista del corazón. A pesar de su traje sobrio, de un gris oscuro, blusa crema y tacones medios no podía evitar que los hombres se volvieran a su paso con ganas de soltarle alguna grosería, tentación que se les pasaba cuando chocaban con su mirada de acero bruñido que sin embargo sabía dulcificar cuando trataba con seres débiles o desprotegidos. Los que la conocían de cerca sabían con quién se jugaban los cuartos permitiéndose pocas bromas o chistecitos machistas que no soportaba y que cortaba de raíz.

Se acercó al grupo con su placa de identificación colgando del cuello a modo de escapulario.

Los dos gigantes que custodiaban la entrada de la vivienda protegida la saludaron franqueándole el paso. Del piso de arriba bajaban sanitarios de Protección Civil. En el tercer piso, sin ascensor, una puerta estaba abierta custodiada por otro agente.

Entró y se topó con el juez Miranda.

—Hola Gabriela.

—¿Qué tenemos?

—Compruébalo tú misma —le dijo indicando con la barbilla el saloncito en el que varios agentes sacaban fotografías y marcaban puntos de interés junto a los de científica que tomaban muestras.

Entró en la sala abarrotada que dejaba en el centro el motivo de tanto revuelo:

Un hombre grueso se hallaba en el suelo con los pantalones y calzoncillos bajados con un enorme cirio de los usados en procesiones incrustado en el ano y la cera derretida cubriendo sus nalgas a modo de macabro pebetero. Debajo, un enorme charco de sangre coagulada apuntaba a otra agresión más seria. Al agacharse comprobó que tenía clavada una cruz en el pecho.

—Murió de la puñalada que le atravesó el corazón —apuntó la forense.

Gabriela paseó la mirada por la estancia comprobando el orden en que se hallaba todo dentro de la simplicidad de los muebles que resumían el catálogo del conocido vendedor sueco. Investigaban el ordenador que se hallaba en la mesa escritorio en un rincón de la estancia y que se iban a llevar los especialistas informáticos para su descifrado bajo la atenta mirada de Peñuelas que al verla le soltó seco y cortante:

—¿Qué haces tú aquí?

—En misión de servicio como tú. ¿Algún problema? —respondió Gabriela tan seca o más.

—Esto es cosa nuestra.

—Parece ser que es nuestra también o al menos mi jefe me lo ha dado a entender así.

Desde que fue trasladada de nuevo a Sevilla desde Córdoba había tenido serios encontronazos con aquel inspector machista, sexista y todo lo obtuso que alguien pudiera imaginarse. De entrada, quiso acostarse con ella y un contundente rodillazo en los testículos lo puso en su sitio cambiando de tercio y haciéndole la vida imposible.

—¿Que ha pasado? —preguntó más distendida.

—El vecino de al lado oyó gritar en este apartamento viendo a alguien salir precipitadamente. Llamó al 091 y la patrulla cercana se encontró con este bonito espectáculo.

Gabriela paseó su mirada por la colección de objetos religiosos que poblaban las estanterías, relacionados todos con cofradías religiosas; bastones, cruces, banderines y sobre todo en una fotografías de procesiones y penitentes con sus respectivas inscripciones hechas con rotulador negro. Se acercó para ver con más detalle donde aparecía un nazareno con una vara y debajo escrito "2006 Semana Santa" y detrás un estandarte con el nombre "Mártir Doliente".

—Era cofrade —comentó para sí Gabriela.

—Eso parece —replicó aun serio Peñuelas—. Voy a llamar a mi jefe para ver qué papel pintas aquí.

En ese momento apareció Marcial Contreras.

—He venido lo antes posible —se disculpó ante Gabriela un joven de uniforme de unos veinticinco años, alto, atlético que estaba a las órdenes de la inspectora, junto con Zúñiga, algo mayor y oficial de policía, como ellos.

Empezaron a desfilas los que ya no tenían nada que hacer allí despejando la sala y tras la orden de levantar el cadáver dictada por el juez se procedió a las diligencias oportunas trasladándose el cadáver para su autopsia.

En unos días recibiría los informes de todas las pruebas efectuadas tanto por científica como lo que pudiera revelar la autopsia.

Se paseó por la estancia conectando su radar particular a la escena del crimen.

El detalle de la pizza derramada sobre la mesa a medio comer le hizo pensar que no la probaría en mucho tiempo. La huella de una deportiva sobre la macha de sangre coagulada sería una buena pista que seguramente ya habían estudiado sus colegas.

Al olor dulzón de la sangre tampoco se acostumbraba fácilmente.

En el piso sólo había un dormitorio, en perfecto orden, del que destacó una cama individual y el cuadro de la Inmaculada sobre el cabecero. Se puso guantes y abrió el cajoncito de la mesilla de noche donde encontró algunos medicamentos, unos cuantos profilácticos y un tubo de gel lubricante. En el cajón inferior había un enorme falo de plástico. Pensó en la homosexualidad de la víctima relacionándolo con el cirio encastrado y tuvo la primera sospecha del móvil. En el armario varias camisas colgadas del perchero, una cazadora de cuero, pantalones de chandal y un hábito negro de penitente plegado con el cucurucho arrinconado con varios escapularios e insignias de la Hermandad del Mártir Doliente.

En el cuarto de baño minúsculo sólo había una pileta de ducha, un retrete que olía a viejos orines y que no habían limpiado a fondo en muchos años. Una toalla sucia en el toallero. La cocina no tenía muchos utensilios porque no debería ser la estancia preferida del inquilino. Muchas latas de comida preparada y en la nevera coca colas de litro y entre ellas un papel de aluminio que le dio por abrir cuidadosamente encontrándose con un rollo de billetes de quinientos euros. Llamó a Peñuelas que aun hablaba por teléfono.

—Mira lo que había en la nevera —dijo Gabriela.

—No deberías tocar nada —comentó airado el inspector que se hizo cargo del envoltorio.

—¿Cuanto crees que hay? —se interesó ella.

—Unos cinco mil.

—¿Su caja fuerte? —preguntó Gabriela.

—Igual sabían que lo tenía y no se lo encontraron.

—Hubieran puesto todo patas arriba y no hay muestras de ello —alegó la inspectora haciendo con la mano una circunferencia.

—Si ya has acabado de cotillear y de machacar las pruebas podrías irte a bailar sevillanas un ratito.

—No tengo pareja, Peñuelas —replicó mordaz—. Pero te voy a hacer caso y si tengo que volver ya lo haré cuando aquí no haya tanto aficionado.

Salió dejando a Peñuelas a punto de soltar un buen exabrupto que retuvo en el último momento, no sin echar una larga mirada al trasero de la policía.

A la mañana siguiente Gabriela fue a ver a su jefe inmediato; el comisario Bermúdez de la comisaría de Centro, por encima de este se hallaba el comisario jefe, pero a ese no tenía acceso y sólo le había visto en cuatro ocasiones y siempre en ceremonias oficiales.

—¿Das tu permiso? —solicitó en la puerta del desangelado despacho con muebles de otras épocas.

—Adelante, Gabriela —indicó un hombre grueso de unos cincuenta años de pelo ralo sentado tras una mesa metálica gris con tapa de cristal de los años sesenta.

Monica pensaba de su jefe que era un político metido a policía y que ocupaba ese cargo para medrar y lamer culos de superiores hasta conseguir desbanicar al inmediatamente superior y así algún día llegar a comisario General. Una

carrera milimétricamente trazada y que hasta hoy le había funcionado ascendiendo desde simple agente.

—Quería informarte de lo de ayer —dijo con un tono de voz apagado.

—¿Y bien? —preguntó falto de interés.

—Un hombre apareció muerto en su domicilio con evidentes signos de haber sido asesinado pero según Peñuelas no nos correspondía a nosotros sino a los de Torreblanca.

—Me llamó el jefe para que alguno de los nuestros echara un vistazo, ese hombre era un cofrade del Mártir Doliente, alguien debió de darnos el aviso y esa Hermandad está en nuestro distrito... pues eso —decía mientras ordenaba un fajo de papeles y no miraba a la inspectora.

Gabriela pensó que quién le había dado el aviso, como él decía, debería tener influencias suficientes para hacerle mover el trasero.

—No le hace mucha gracia al inspector Peñuelas, que digamos —aventuró la mujer.

—Ese cretino no para de molestar. Ya me encargaré de que se tome una doble ración de tila —amenazó Bermúdez—. Sigue investigando por encima, sin mucho alboroto, redacta un informe con lo que hayas encontrado y se lo servimos al jefe en bandeja para calmar a los cofrades y al gran santón que ya sabes que también es de la cofradía.

Ah, era eso —Gabriela pensó en Dalmiro Carranza Silvestre, marqués de Las Marismas, Hermano Mayor del Mártir Doliente, un hombre muy poderoso y bien relacionado en las altas esferas—. Veré lo que puedo hacer pero me gustaría contar con la colaboración necesaria.

—¿A quién quieres, ahora? Para echar un vistazo te sobras y te bastas tú sola.

—Necesito al menos un par de agentes.

—¿Quiénes?

—Zúñiga y Contreras por ejemplo —pidió porque ya los conocía y sabía de su eficacia.

—Te los dejo quince días como mucho. Están en otros operativos y no nos sobran precisamente medios —dijo el comisario que seguía absorto en la firma de documentos sin mirarla.

—Puedo arreglarme —comentó incómoda al seguir de pie sin que al jefe le pareciera oportuno levantarse y ofrecerle una simple silla.

—Ya me contarás. Pero la máxima es la total discreción y no molestar a gente importante si no es necesario. Y si quieres ver a los gordos me lo dices antes de que sea demasiado tarde.

—Eres de mucha ayuda, jefe.

—Hale, ahora a trabajar —dijo y sacó una carpeta azul grisáceo de gomillas de un cajón que puso sobre la mesa.

“Este tío debe haber salido de una revisión vintage de la policía de los años sesenta”, pensó Gabriela Matís.

Se fue a su medio despacho, un rincón con dos mamparas que la aislaban del resto, con una mesa sobrante de tiempos mejores donde un teléfono flotaba desamparado junto a una foto enmarcada donde un grupo de policías sonreían a la cámara el día que fue ascendida a inspectora. A su izquierda y en una mesita auxiliar tenía un ordenador con una bandeja deslizante donde se hallaba el ratón y el teclado. Lo encendió y esperó la conexión a la red de seguridad restringida de la Policía. Apareció el logotipo del Cuerpo pidiendo una clave de acceso que introdujo y se abrió el menú principal. Buscó la conexión a internet y tecleó en Google:

“Hermandad Mártir Doliente”

Aparecieron varias reseñas y sólo una le pareció la página oficial, picando en ella encontró la dirección.

Iglesia de Nuestro Señor Mártir Doliente
Plaza de La Constitución, s/n
info@martirDoliente.es
Tlf. 954 xxx xxx

fax 954 xx xx xx

Horario de Secretaría: De lunes a viernes (no festivos): 10h a 13.30h y de 17.30h a 21h.

Decidió acercarse y le pidió a Marcial que la acompañara en el coche patrulla.

A esa hora de la mañana el tráfico era insoportable y en más de una ocasión el coche emitió el gemido corto para apartar vehículos sin poner la sirena como a Contreras le habría gustado.

Al final apareció la iglesia de estilo barroco sevillano del siglo XVIII.

Junto al monumento había otro edificio cuadrado de amplios ventanales con dinteles y pilares de piedra. La puerta principal era de madera ennegrecida de grandes dimensiones que permitía el paso de carruajes. Una puerta pequeña, para las personas, se abría en una de las hojas de la grande dando a un zaguán de suelo empedrado con un habitáculo a un costado donde un conserje leía un periódico deportivo.

—¿Qué desean? —preguntó el flaco portero mirando el uniforme de Marcial.

—Deseamos ver a algún responsable de la Hermandad —intervino Gabriela añadiendo—: Soy la inspectora Gabriela Matís y él es el agente Marcial Contreras.

—Pueden ver al señor Secretario que seguramente estará en su despacho. Si quieren le aviso de su... —dijo dudando como calificar su presencia y añadió—, visita.

—Haga el favor.

Tras de una breve conversación por el teléfono interior, el portero les dijo que les acompañaran atravesando un amplio patio con naranjos y columnas de piedra similar a un claustro e introduciéndose por unas dependencias cargadas de estandartes, cruces, cirios y material empleado en las procesiones hasta llegar a un despacho que anunciaba "Secretaría".

El empleado dio unos toquitos suaves en la puerta y una voz cavernosa y potente los invitó a entrar:

—Adelante.

—Los señores policías —dijo a modo de presentación el conserje.

Un hombre gigantesco se levantó de su asiento con la mano tendida y una sonrisa en el rostro.

—Soy Matías Perona, Secretario de la Hermandad del Mártir Doliente. ¿En qué puedo servirles? —se presentaba de pie sin invitarles a sentarse.

—Inspectora Matis y agente Contreras —volvió a identificarse Gabriela con tono cortés pero firme dejando claro que su presencia era oficial.

El Secretario a pesar de medir su metro ochenta debería pesar más de ciento veinte kilos y su chaqueta amplia intentaba ocultar un voluminoso vientre que se adivinaba entre oscilaciones interiores a cada movimiento. Su cara estaba enterrada en una papada y sus ojillos casi ocultos entre dos rendijas no mostraban su color. Un personaje bastante peculiar opinó la inspectora para sus adentros pensando que el ejercicio físico no era su actividad preferida.

—Intento saber más acerca de un cofrade hallado muerto en su domicilio y que pertenecía a esta Hermandad —empezó diciendo Gabriela.

—Ah. Ya nos hemos enterado nosotros también. Se trata de Julio Caparrós —dijo con su grave y bronco vozarrón que parecía hacer vibrar los papeles de encima de la mesa—. Una buena persona y excelente hermano. Un lamentable y desgraciado hecho... Pero siéntense, por favor, decía mostrándoles las dos sillas frente a él.

Los policías se sentaron y Gabriela se fijó en la foto gigante del Mártir Doliente enmarcada lujosamente y que les observaba desde detrás del Secretario con gesto triste.

—¿Qué nos puede decir de él? ¿Con quienes se relacionaba? ¿Familiares? ¿A qué se dedicaba? —empezó encadenando varias preguntas mientras Marcial a su vez también

registraba en su cerebro cada detalle de la estancia reparando también en la imagen del Cristo que parecía saber algo y no pudiera decirlo.

—Era un hombre muy encerrado en su concha. Bastante retraído y poco comunicativo. Pero cumplidor y muy trabajador. Era una persona muy valiosa en la Hermandad. Aparte de un católico ejemplar.

Algo en la forma de decirlo hacía sospechar a Gabriela que estaba soltando un discursito ensayado ante el espejo para la ocasión y que iba a ser difícil obtener datos sustanciales. A pesar de eso preguntó sin ambages:

—¿Era homosexual? —mirándolo fijamente.

Se hizo un silencio pesado y un cambio en la expresión del Secretario que pareció verse sorprendido por la pregunta. Pasado un breve lapsus de tiempo se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno, algo se rumoreaba, pero si lo era lo mantenía oculto bajo una discreción total y aquí nunca protagonizó ningún escándalo en ese sentido.

—¿Sabe que apareció con un cirio insertado en el ano? —Gabriela ponía a prueba al gordo personaje para analizar sus reacciones.

—¡María Santísima! —exclamó con una expresión muy popular del sur—. ¿Quién ha podido cometer esa barbaridad?

—Eso pretendemos saber y por tanto todo cuanto nos pueda aportar será de utilidad para su captura.

—Trabajaba en una gestora llevando la administración. Tengo su dirección en el ordenador, si la quiere la busco en un momento —propuso y tecleando algo en un viejo IBM de su mesa de despacho esperó un instante hasta que en la pantalla aparecieron los datos.

—Sí, aquí está: Consultoría Losada y Olivares, calle Antonio de Solís, 25. Son dos abogadas que llevan temas de nóminas, seguros sociales, indemnizaciones por despido y cosas así —lo último lo dijo con un mohín despreciativo.